

# Recorriendo la ciudad amnésica

Lurdes Martínez\*



**Figura da página anterior:**

L'espace social de la consommation des loisirs. Fonte: Boletim n. 4 da Internacional Situacionista, p.4. (Imagem acrescentada pela Revista Risco ao presente artigo)

**Resumen** El artículo hace un análisis crítico del libro *Walkscapes: Walking as an Aesthetic Practice*, publicado por el editor Gustavo Gili, en 2002, primera edición bilingüe (inglés y español), de la autoría del arquitecto italiano Francesco Careri. Detrás de nuestro cuestionamiento de esta obra se halla el deseo manifiesto de denunciar lo que consideramos son flagrantes intentos de diluir el contenido radical del surrealismo o de la Internacional situacionista y de recuperar sus experiencias desde ciertas prácticas artísticas actuales que pretenden tener una vocación política.

*Palabras clave:* Francesco Careri, Surrealismo, Deriva.

## Percorrendo a cidade amnésica

**Resumo** O artigo faz uma análise crítica sobre o livro *Walkscapes: Walking as an Aesthetic Practice*, publicado pela editora Gustavo Gili, no ano de 2002, primeira edição bilingue (inglês e espanhol), de autoria do arquiteto italiano Francesco Careri. Por trás do questionamento que fazemos desta obra está o desejo manifesto de denunciar o que consideramos tentativas flagrantes de diluir o conteúdo radical do surrealismo ou da Internacional Situacionista e resgatar suas experiências de certas práticas artísticas atuais que afirmam ter uma vocação política.

*Palavras-chave:* Francesco Careri, Surrealismo, Deriva.

## Walking through the amnesiac city

**Abstract** The article provides a critical review of the book *Walkscapes: Walking as an Aesthetic Practice*, published by Gustavo Gili, in 2002, the first bilingual edition (English and Spanish), authored by the Italian architect Francesco Careri. Behind our questioning of this work is the manifest desire to denounce what we consider flagrant attempts to dilute the radical content of surrealism or the Situationist International and rescue their experiences of certain current artistic practices that claim to have a political vocation.

*Keywords:* Francesco Careri, Surrealism, Drift.

— **A** primera vista puede parecer carente de interés abordar el análisis de un libro titulado *Walkscapes. El andar como práctica estética*<sup>1</sup>, cuando su propio título devalúa una de las máximas aspiraciones de la cultura revolucionaria del siglo XX, esto es, la supresión del arte como esfera autónoma y la realización de sus contenidos en la vida cotidiana. Efectivamente, en el *teatro de operaciones* que fue la experiencia de lo cotidiano se ensayaron modos de comportamiento diferentes a los habituales que, a su vez, estaban inscritos en un proyecto más ambicioso de emancipación del ser humano y de creación de una nueva civilización que oponer al vacío del orden dominante. Uno de esos *nuevos usos de vida*, investigado tanto por el surrealismo como por la Internacional Situacionista (I. S.), fue la práctica del paseo, el vagabundeo o la deriva, experiencias que pretendían expandir la realidad cotidiana y reintegrar en una dimensión más amplia el arte y la vida, por lo que, de manera intencionada, huían en su formulación de toda significación artística. Por esta razón no deja de ser erróneo y parcial concebir “el andar”, el paseo o la deriva, como actuaciones meramente estéticas. Detrás del cuestionamiento que hacemos de esta obra se halla el deseo manifiesto de denunciar lo que consideramos son flagrantes intentos de diluir el contenido radical del surrealismo o de la I.S. y de recuperar sus experiencias desde ciertas prácticas artísticas actuales que pretenden tener una vocación política.

Francesco Careri, el autor del libro, propone el andar”” o “el recorrido” como “una forma estética disponible para el arte, la arquitectura y el paisaje”, un instrumento artístico que, en su opinión, puede servir para una confrontación con lo real y más específicamente, con las mutaciones que se suceden en la metrópoli contemporánea. Careri es arquitecto y miembro del colectivo italiano *Stalker*, un “laboratorio de arte urbano” centrado en la investigación de la ciudad a través de experiencias de *transurbancia*, esto es, “exploraciones de territorios urbanos como modo de expresión e instrumento de conocimiento de las transformaciones del ámbito metropolitano”.

Como se indica en el prefacio del libro, Careri desea dotar a las acciones desarrolladas por *Stalker* de un corpus teórico, así como buscar antecedentes históricos del recorrido. Para ello, y haciendo uso de su erudición e inventiva teórica -aunque esta última a veces le traiciona- realiza una genealogía del andar que se remonta a sus antepasados míticos y prehistóricos, busca ascendientes más cercanos en el arte del siglo XX y finaliza en las experiencias artístico-políticas de la actualidad. La idea que atraviesa esta lectura de la historia del arte y de la cultura con el andar como *leitmotiv* es que en todas las épocas el recorrido ha producido arquitectura y paisaje, esto es, que a través del andar el hombre ha habitado el mundo y construido su entorno. El acto de andar, afirma Careri, “implica una transformación del lugar y de sus significados. Sólo la presencia física del hombre en un espacio no cartografiado, así como la variación de las percepciones que recibe del mismo cuando lo atraviesa, constituyen ya formas de transformación del paisaje que aunque no dejan señales modifican culturalmente el significado del espacio y en consecuencia el espacio en sí mismo”.

\* Lurdes Martínez é Poetisa, nascida na cidade de Bilbao e integrante do Grupo surrealista de Madrid desde 1992, bem como co-editora da revista Salamandra. Já participou de diversos livros coletivos, destacando-se entre a primeira e a última publicação, *Situación de la poesía* (por otros medios) a la luz del surrealismo (Ed. Traficantes de sueños, 2006) e *Los inspirados del borde del mar* (Ediciones El ojo de buey, Madrid, 2016). Interessa-se especialmente pela análise crítica dos mecanismos do espetáculo (condicionamento do espaço e da cidade pós-industrial), pela investigação do inconsciente coletivo e pela experimentação, reflexão e registo fotográfico e poético do maravilhoso na vida quotidiana. Sente uma atração colossal pela ruína e seu potencial insurgente, e ama o achado.

<sup>1</sup> Francesco Careri, *Walkscapes. El andar como práctica estética*, Gustavo Gili, Barcelona, 2002.

<sup>2</sup> El autor sitúa el origen de la arquitectura en íntima conexión con el nomadismo. Al margen de si esto es cierto o no, lo que sí nos interesa señalar es que, en su afán por mantener su *novedosa y original* tesis, Careri hace comenzar la historia de la arquitectura en el megalitismo, y esto sí que constituye una absoluta arbitrariedad.

El libro se abre con un análisis, por otra parte lleno de arbitrariedades<sup>2</sup>, sobre la trascendencia artística y arquitectónica del errabundeo en la prehistoria, que Careri considera la “primera acción estética” -una especie de pre-arquitectura-. Sorprende que desde esta época histórica Careri dé un salto de acróbata en la búsqueda de ancestros y nos sitúe, sin pasos intermedios, en pleno siglo XX y en lo que se ha convenido en denominar vanguardias históricas. A partir de aquí se centra en abordar la idea del paseo como práctica anti-artística por parte del dadaísmo, el surrealismo y el situacionismo y apunta que, en el campo concreto de la arquitectura, el urbanismo unitario y el proyecto utópico *New Babylon* de Constant buscaron en el nomadismo los fundamentos para erigirse en anti-arquitectura. En este punto Careri pretende encajar las aspiraciones de estos movimientos en su tesis y afirma que “se podría construir una historia del andar como forma de intervención urbana, que contenga los significados simbólicos de aquel acto creativo primario: el errar en cuanto acto de transformación simbólica del entorno”. Esta idea puede ser más o menos acertada -recordemos cómo Louis Aragon transformaba los pasajes de París en acuarios imaginarios donde fluía lo maravilloso- siempre que se circunscriba tal “transformación simbólica” al objetivo más general de estos movimientos: la experimentación de nuevas formas de comportamiento. Pero es precisamente aquí donde Careri se equivoca de nuevo. En clara contradicción con su argumento inicial de que el paseo era concebido por dadá, el surrealismo y la I.S. como una práctica anti-artística, afirma que “en el arte del siglo XX el andar se independiza de toda connotación religiosa o sagrada del pasado y se convierte en *puro acto estético*”. Se hace necesario aclarar que si aquellos movimientos utilizaron el paseo dentro de su programa revolucionario de cambio del mundo y de la vida, fue por su condición de *puro acto cotidiano*, el acto más natural del comportamiento humano. Por tanto, el paseo como acontecer cotidiano, también gratuito e improductivo, se convertía en un intento de transformar y engrandecer una vida empobrecida, al tiempo que en un modo de crítica a la ética economicista burguesa. Eran experiencias ampliadas y no “operaciones estéticas conscientes” o “*readymade* urbanos” como las nombra Careri. Son numerosas las ocasiones en que confunde, desorientando con ello al lector, el componente anti-artístico de estas prácticas con un pretendido carácter estético. Si reconoce la aspiración de los dadaístas de alcanzar “la desacralización total del arte, con el fin de llegar a la unión del arte con la vida”, a continuación afirma que “dadá eleva la tradición de la *flânerie* a rango de operación estética”; o bien declara que “París será la ciudad que (...) se ofrecerá como territorio ideal para aquellas experiencias artísticas que se proponían dar vida al proyecto revolucionario de superación del arte, abordado por los surrealistas y los situacionistas”; y si concibe la deriva situacionista como “una acción que difícilmente podía dispendiarse dentro del sistema del arte”, más adelante la convierte en “una actividad estética que concordaba perfectamente con la lógica dadaísta del anti-arte”. Se trata, en todos los casos, de contradicciones que reflejan un pensamiento y un discurso confusos, así como una evidente voluntad de desvirtuar el componente insurgente, de riesgo y aventura, de las nuevas formas de vida puestas en marcha por unos “movimientos” que desbordan el restringido marco de “vanguardias” en el que se han visto, a su pesar, constreñidos.

Pese a la perspectiva esteticista con que Careri aborda un tema, por lo demás apasionante, el estudio tiene a su favor ofrecer una gran cantidad de información suplementaria, aderezada con abundante material gráfico y bibliográfico. Pero tal erudición esconde, de nuevo, segundas intenciones y tergiversaciones. Careri construye una genealogía con el objetivo, como apunta el prologuista Gilles A. Tiberghien, de que las experiencias de

transurbancia que él realiza con el grupo *Stalker* tengan un pasado donde enraizarse. En realidad, el autor se dedica a rastrear la historia en busca de ancestros ilustres que confieran empaque y abolengo, densidad y profundidad a un proyecto que, como veremos más adelante, se queda en la planitud de la superficie. Además, la intención de que todo case perfectamente en su discurso le provoca algunos “olvidos”, como dejarse en el tintero de la historia los paseos de románticos y simbolistas (Nerval, de Quincy, Machen, Rodenbach o Strindberg) y, todavía más sangrante, aunque cite a los *flâneurs* del París del siglo XIX, ¡ni siquiera menciona a Baudelaire!

Sin embargo la parte más polémica y controvertida del libro se refiere a la teoría y praxis de la ya mencionada transurbancia. Careri explica que los vagabundeos de *Stalker* se realizan a través de los “vacíos urbanos” de la “ciudad difusa”, es decir, los grandes espacios de la periferia abandonados o todavía sin urbanizar localizados en la nueva entidad urbana surgida del desmoronamiento de la ciudad histórica. En torno a ella se ha ido formando un “caos urbano”, un desorden generalizado, que ha acabado constituyendo un auténtico sistema territorial, “una forma de asentamiento suburbano de baja densidad que se extiende formando unos tejidos discontinuos y expandidos por grandes áreas territoriales”. Los habitantes de esa ciudad, a quienes Careri denomina “difusos”, son gentes “que viven al margen de las normas civiles y urbanas más elementales, que sólo habitan el espacio privado de la casa y del automóvil, que sólo conciben como espacios públicos los centros comerciales, los merenderos, las gasolineras”, y que únicamente “prolongan su hábitat por las autopistas reales y por las redes virtuales de internet”. Queda claro que Careri se refiere aquí a las áreas residenciales que de manera concatenada forman el sistema de conurbación que se extiende peligrosa y progresivamente siguiendo el modelo de mancha de aceite, esos lugares donde podemos decir que se ha logrado “la metamorfosis de la ciudad y de sus habitantes con el ordenamiento espacial de la inmovilidad absoluta”<sup>3</sup>.

<sup>3</sup> Tal como afirma la *Encyclopédie des Nuisances*, “como contrapunto de la circulación humana tratada como materia de consumo” en la red de autopistas de la megápoli, “técnicas hipnóticas de visualización y cibernética recomponen ahora los nuevos habitáculos de generaciones enteras”. “¡Abajo!”, en *La Sinrazón en las Ciencias, los Oficios y las Artes. Artículos selectos de la Encyclopédie des Nuisances*, Murreko Burutazioak, Bilbao, 2000, p. 20-40.

La ciudad difusa le sugiere al autor la imagen de un “tejido orgánico en cuya parte central la materia es relativamente compacta mientras que hacia el exterior expulsa islas separadas del resto del tejido construido”, formando un dibujo “en forma de archipiélago: un conjunto de islas construidas que fluctúan por un vasto océano vacío (...) por todas partes aparecen grandes porciones de territorio vacío y dichas porciones quedan conectadas entre sí”, constituyendo una red alternativa de “vacíos urbanos”. Y como ciertas estructuras geométricas, los fractales, “tiende de un modo natural a la saturación, mediante el relleno de los espacios que han quedado vacíos ( ) y también a la expansión, dejando en su interior un sistema de vacíos. Mientras el centro originario tiene menos posibilidades de desarrollarse y se transforma con mayor lentitud, en los márgenes del sistema las transformaciones son más probables y más rápidas”.

En este territorio omnipresente, Careri intuye una presencia que después de mucho tiempo ignorada ha pasado a desempeñar un papel protagonista en el espacio urbano: el vacío. En los espacios vacíos de la ciudad difusa Careri vislumbra un espacio nuevo, que no se ha “incorporado al sistema” y que “da la espalda a la ciudad con el fin de organizar una vida autónoma y paralela”, un espacio que además está habitado, pues “los difusos no sólo habitan casas, autopistas, redes informáticas y merenderos, sino también aquellos espacios distintos de los espacios vacíos entendidos tradicionalmente

como espacios públicos -las plazas, los jardines, los parques-, que conforman una porción enorme de territorio no construido que utiliza y vive de infinitos modos distintos". Así, "los difusos van allí a cultivar los huertos ilegales, a pasear al perro, a hacer un picnic, a hacer el amor (...), sus hijos van allí a buscar espacios de libertad y de vida social". Dichos espacios, concluye Careri, "son realidades crecidas fuera de, y en contra de, un proyecto moderno que sigue mostrándose incapaz de reconocer sus valores y, por tanto, de aceptarlos". El autor identifica estos espacios vacíos, periféricos, marginales, indeterminados, múltiples, dinámicos y caóticos, con el inconsciente - "los espacios vacíos que determinan la forma de la ciudad constituyen los lugares que mejor representan nuestra civilización en su devenir inconsciente y múltiple"- , como algo que oponente a la rigidez, determinación, unicidad y racionalidad del centro -del poder, en definitiva- porque cree que la ciudad es una creación espontánea que surge a partir de las pulsiones de los habitantes. Esta red de vacíos urbanos, dice, constituye "una ciudad paralela con unas dinámicas y unas estructuras que todavía no se han comprendido", son "los últimos lugares donde uno puede perderse, donde podemos sentirnos al margen de cualquier control", espacios públicos con vocación nómada que invitan al errabundeo y "que viven y se transforman a una velocidad que escapa a las previsiones de la administración". Las "amnesias urbanas", como denomina a los lugares vacíos de la periferia urbana, constituyen unos "espacios vivos a los que hay que asignar unos significados, no sólo rellenar de cosas".

Son numerosos los puntos de discrepancia que tenemos con la interpretación que Careri hace de la ciudad moderna y de las dinámicas que en ella se desarrollan. En primer lugar, él considera el modelo de ciudad difusa como algo que "se ha ido formando espontáneamente en torno a nuestras ciudades" porque acepta que "la ciudad se desarrolla mediante una dinámica natural parecida a la de las nubes o la de las galaxias (...) independientemente de las teorías de los arquitectos y de los urbanistas" y por tanto difícil de programar o prever, "debido a la gran cantidad de fuerzas y de variables que entran en juego". Por supuesto que la nueva ciudad se halla a merced de diferentes "fuerzas y variables", pero éstas son las del capital y la especulación inmobiliaria -guiadas siempre por las teorías totalitarias de arquitectos y urbanistas- que conforman y determinan el modelo de desarrollo de la ciudad-mercancía, un modelo que se ha hecho fuerte a costa de la obligada disolución de la ciudad histórica y que ha sido denunciado, incluso desde las instancias más reformistas, por los altos costes económicos, sociales, ecológicos, etc., que genera. Dicha ciudad es la base y la expresión del modo de vida capitalista y de ninguna manera puede ser considerada como una creación natural a partir de los deseos de los habitantes, "construida por sí sola, por nuestra civilización con el fin de determinar su propia imagen". Si los "difusos" habitan este nuevo espacio no es precisamente porque hayan seguido sus impulsos de manera incontrolada sino porque han sido expulsados y desarraigados de la vieja ciudad a cambio de la tranquilidad de una pseudonaturaleza, del confort de un aislamiento tecnológicamente conectado y de la promesa de un consumo rápida y fácilmente accesible<sup>4</sup>.

Una vez que asume la inevitabilidad de la ciudad difusa, Careri se complace en exaltar las cualidades dinámicas de ésta y en la velocidad con que se desarrollan en su seno cambios y metamorfosis. Estos cambios, dice, afectan muy especialmente a los "vacíos urbanos" y, a consecuencia de ellos, éstos se ofrecen como lugares donde se

<sup>4</sup>Este desahucio, iniciado por la burguesía durante el siglo XIX, se vio reforzado en la Europa de la posguerra mediante la estrategia de "desalojar a la clase obrera de sus bastiones urbanos" para encerrarla en los barrios proletarios con la ayuda del urbanismo como "técnica de dominación del campo de batalla social... a fin de poder reconstituir bajo control la masa de mano de obra necesaria para la formación cotidiana de capital". En este proceso de desposesión, la labor teórica de los Congresos Internacionales de Arquitectura Moderna (C.I.A.M.) fue decisiva para "ahogar definitivamente todo aliento de democracia urbana" y convertir a la ciudad en un bien de consumo. "¡Abajo!", *op.cit.*, p.20-40. ¿Existe alguna diferencia entre las consecuencias sociales de ese primer éxodo y el fenómeno de expulsión de los "difusos", aparte del grado de domesticación? Es de una ingenuidad insultante o de una mala fe perversa afirmar que los individuos -que no sean los de la clase dominante- puedan tener reservado algún papel para intervenir en la edificación de la ciudad contemporánea.

<sup>5</sup> La presidenta de la Comunidad de Madrid Esperanza Aguirre con ocasión de la nueva Ley del Suelo manifestaba sorprendida que “nadie entiende que, hoy en día, las ciudades estén como cercadas por muros de cristal, rodeadas de páramos en los cuales, nadie sabe por qué, no se puede construir”, proponiendo como alternativa edificar en áreas que “ahora son intocables”. “Echa a andar la comisión que preparará la nueva Ley del Suelo”, *El País*, 14 de febrero de 2004, suplemento Madrid, p.7. Todo apunta –el robo del gobierno de la Comunidad de Madrid a los socialistas por presuntas presiones inmobiliarias, la implicación de la propia presidenta en el escándalo inmobiliario de Majadahonda a que tales zonas intocables dejarán muy pronto de serlo. Pero el PSOE, ¿no habría hecho lo mismo?

<sup>6</sup> “¡Abajo!”, *op.cit.*, p. 20-40.

<sup>7</sup> Ignacio Castro, “Mutaciones en la ciudad descentrada”, en *Salamandra* nº 13/14, Madrid, 2003-04, p. 23-30.

<sup>8</sup> “¡Abajo!”, *op. cit.*, p. 20-40.

<sup>9</sup> Son tales las “mutaciones” que se dan en la “dinámica” periferia de Careri, que un reciente estudio realizado en EEUU sobre el *sprawl* o la dispersión urbana, vincula la vida en las periferias de las ciudades al estado de salud de sus habitantes, alertando del riesgo que corren de sufrir enfermedades físicas y mentales como obesidad, producida por la falta de actividad física ante la dependencia absoluta del coche –los “difusos” pesan una media de 2,5 Kg más que el resto de la población- o depresión y estrés, provocados por la segregación y el aislamiento que se dan en las zonas residenciales. La investigación constata que los vecinos de las ciudades compactas, como ¡Nueva York!, llevan vidas más sanas que los de ciudades dispersas. Otra de las “metamorfosis” que se dan a causa del asentamiento de la ciudad difusa es que se están consumiendo los espacios verdes y los pulmones que antes limpiaban las ciudades.

desarrolla una vida alternativa al margen del centro-poder. El espacio-tiempo urbano tiene distintas velocidades: desde la paralización de los centros hasta las constantes transformaciones de los márgenes”. Si en el centro los escasos cambios que se producen transcurren bajo una estrecha vigilancia, en “los márgenes es posible encontrar cierto dinamismo, y es allí donde podemos observar el devenir de un organismo vital que en sus procesos de transformación va dejando (...) partes enteras de territorio en estado de abandono y mucho más difíciles de controlar”.

Lamentablemente, las mutaciones que se producen en la nueva ciudad afectan a la *totalidad* del espacio urbano, independientemente de su condición central o periférica, y son pautados por la ideología dominante en su deseo de crear una *megápolis continua*<sup>5</sup>. Ya hemos dicho que la nueva ciudad ha sido planeada a costa de la antigua ciudad europea, amenazada de muerte por el proyecto de la clase en el poder de hacer “tabla rasa de la memoria que se inscribe en ella y que permite a sus habitantes conservar el contacto con las obras de otras épocas, testimonios de una conciencia, de una sensibilidad, de un *savoir faire* ciertamente bloqueados, pero más fértiles que los pobres sucedáneos que nos impone la sociedad contemporánea... Hoy la clase dirigente saquea la ciudad para disolver su realidad, conciencia, memoria (...) con el objeto de que se borren y desaparezcan las condiciones, difíciles de reunir en un mismo lugar, para superar la especialización social más antigua, la del poder”<sup>6</sup>. Sin historia y sin memoria, amnésicos y desalojados sus habitantes, no habrá obstáculo alguno para los dictados del consumo. Esa operación de allanamiento se ceba especialmente con los viejos centros históricos de las ciudades, sobre los que se cierne la “ofensiva técnica de la desustancialización” que los convierte en “escenografía inocua, mera cita literaria o virtual de un pasado muerto”, en reclamo publicitario o turístico, y una vez adelgazada su esencia, su profundidad abigarrada y peligrosa, queda expedito el camino que conduce veloz a la inofensividad consumista<sup>7</sup>.

La nueva ciudad no sólo carece de capas sucesivas de acontecimientos sedimentados a lo largo del tiempo que pudieran influir en el ánimo de sus moradores; también está desprovista de miradas adecuadas que puedan vivir la ciudad, porque el *capital humano* con que cuenta para la construcción de su devenir histórico son los “difusos”, habitantes de la ciudad contemporánea indiferentes -e impotentes- ante la desaparición de la vieja urbe. Huyen de esa vieja ciudad insalubre porque la imaginan, en su delirio aséptico, abarrotada de miasmas del pasado, siguiendo así las directrices de los herederos de los higienistas burgueses. Cobijados y guarecidos de los peligros de la vida en sus coches y casas, aislados e inmovilizados ante el teclado y la pantalla, no podemos confiar en que ellos vayan a llevar una vida cuyos acontecimientos merezcan ser grabados en las piedras de la ciudad. El mismo Careri se contradice cuando apunta que los “difusos” carecen de “las normas civiles y urbanas más elementales”. Asentimos con él en que están desprovistos de toda capacidad de establecer lazos sociales nuevos y crear comportamientos emancipadores. Si la ciudad es y debe ser un “proyecto humano como terreno histórico”<sup>8</sup>, la ciudad difusa es, en contra de la opinión de Careri, una no-ciudad. Es difícil imaginar que en esta utopía negativa pueda ocurrir algo interesante -ya lo decía Debord: “aquí nunca ocurrirá nada ni ha ocurrido nunca nada”-.

Definitivamente, los cambios instigados por el capital afectan a toda la ciudad, en sus “llenos” y en sus “vacíos”, al centro y a la periferia, por tanto toda ella debe ser

<sup>9</sup>Son tales las “mutaciones” que se dan en la “dinámica” periferia de Careri, que un reciente estudio realizado en EEUU sobre el *sprawl* o la dispersión urbana, vincula la vida en las periferias de las ciudades al estado de salud de sus habitantes, alertando del riesgo que corren de sufrir enfermedades físicas y mentales como obesidad, producida por la falta de actividad física ante la dependencia absoluta del coche –los “difusos” pesan una media de 2,5 Kg más que el resto de la población- o depresión y estrés, provocados por la segregación y el aislamiento que se dan en las zonas residenciales. La investigación constata que los vecinos de las ciudades compactas, como ¡Nueva York!, llevan vidas más sanas que los de ciudades dispersas. Otra de las “metamorfosis” que se dan a causa del asentamiento de la ciudad difusa es que se están consumiendo los espacios verdes y los pulmones que antes limpiaban las ciudades.

<sup>10</sup>Christian Ferrer, *Mal de Ojo*, Octaedro, Barcelona 2000, p. 54. Queda para otro momento reflexionar sobre la posibilidad o imposibilidad actual de deambular o derivar en los restos más o menos descompuestos de lo que fueron las ciudades históricas. Desde mi punto de vista la intención es dudosa si se plantea como proyecto utópico, pero tampoco puede negarse el placer o deleite que provocan estas experiencias a un nivel individual o colectivo, pues si bien es cierto que nada podremos encontrar en los espacios mudos de la ciudad mercancía, hay todavía otros lugares que siguen resistiendo al maquillaje urbanístico y pueden ofrecer sus tesoros a la mirada que sepa ir más allá de la mercancía omnipresente. Por otro lado, el azar, los encuentros y los hallazgos son, por su carácter imprevisible, elementos inasibles que contienen en sí mismos la posibilidad de escapar de la manipulación del capital. Sea como fuere, el planteamiento de C. Ferrer sugiere también un nuevo uso crítico de la deriva: no tanto la búsqueda de lo maravilloso o de los deseos aún ignorados, sino la recuperación, como acto de resistencia, de las señales olvidadas de lo que fue y de lo que pudo ser esa ciudad, tanto en el plano objetivo como en el subjetivo.

cuestionada, algo que Careri esquiva al confrontar engañosa e interesadamente centro y periferia<sup>9</sup>. Es más, Careri se recrea en la “visión poco tranquilizadora” de la ciudad difusa, -una ciudad “sin centro ni periferia”, “extraño magma de vacíos y llenos”, “desorden general” y “mundo hecho de territorios caóticos”-. Y al plantear el análisis de la ciudad contemporánea desde el interior mismo del caos y la disgregación se hace cómplice, con su pensamiento y jerga postmodernas, de la disolución forjada por el capitalismo, una destrucción que se propone extraer de raíz las significaciones esenciales y permanentes y hacer penetrar, sobre el territorio yermo resultante, la semilla negra de sus postulados.

No obstante Careri insiste en arribar, desde el magma inconsistente del caos, a la solidez concluyente de la tierra firme, aventurándose a “reconocer una geografía en el interior del presunto caos de las periferias (...) y entrar en relación con ese caos”, afrontando la práctica del “recorrido errático” al modo de los nómadas del paleolítico, que convirtieron el andar “en la primera acción estética que penetró en los territorios del caos”. Estos territorios, prosigue, tienen una “vocación nómada”, son los espacios del andar de la ciudad nómada frente a los del estar de la ciudad sedentaria. Por ellos se puede *andare a zonzo*, una expresión italiana que significa “perder el tiempo vagando sin objetivo (...)”, expresión que encaja perfectamente con los paseos por la ciudad de los *flâneurs*, con los vagabundeos por las calles de los artistas de las vanguardias de los años veinte, y por las cuales iban a la deriva los jóvenes letrados de la posguerra”. Sin embargo, apunta, perderse en la actualidad es una experiencia distinta porque el entorno es también diferente. Concluye: “las modalidades y las categorías puestas a nuestra disposición por las experiencias artísticas del pasado pueden ayudarnos a comprender” este nuevo territorio “y a transformarlo sin destruir su identidad”.

Pero, ¿es posible deambular, hacer deriva, o algo semejante, en los territorios del caos, en las “amnesias urbanas”? ¿Es sólo necesaria una disposición favorable o hace falta algo más? Surrealistas y situacionistas se adentraban en la heterogénea geografía de la ciudad abandonándose a las sensaciones que fluían de los lugares que atravesaban y el termómetro de su subjetividad oscilaba al pasar de unos lugares a otros: unos atraían, otros causaban cierta repulsa, porque en todos resonaban acontecimientos pasados, liberadores o perpetuadores del poder. Para los surrealistas eran el inconsciente, el azar o los hallazgos los que guiaban la búsqueda de lo maravilloso y la concreción del deseo, en el presente o en el pasado, haciendo aflorar los recuerdos favorables (o no) a la libertad, mientras que la deriva situacionista estaba más ligada a la intención de desarrollar un comportamiento lúdico-constructivo. Pero para unos y otros sus recorridos por la ciudad tenían sentido en cuanto que auscultaban la memoria latente en ella. Careri cae en una incoherencia cuando identifica lo que llama “amnesias urbanas” con el inconsciente de la ciudad, porque, ¿desde cuándo éste ha sido amnésico? Muy al contrario, representa la caja negra de la memoria, individual y colectiva, sumergida en las profundidades de las realidades históricas y de los imaginarios y deseos reprimidos. Por ello en la ciudad histórica se podía bucear y encontrar bajo la superficie los restos todavía vivos de esos naufragios, pues “las huellas que dejamos en las paredes o en los objetos son recuperadas por quienes tantean la ciudad con su tacto: con radares psicofísicos. Los rastros de historia y de emoción, por más reprimidos que estén, vuelven al menor conjuro y ante la más inesperada de las ocasiones. Entonces es cuando esquirlas visuales de la ciudad saltan desde la memoria del ojo, no como motivo de nostalgia, sino haciendo chisporrotear las zonas adormiladas del alma”<sup>10</sup>.

En cambio, en la ciudad-mercancía la pérdida de la memoria histórica significa también e irremediablemente la ausencia de pulso vital.

Si pensamos en la imposibilidad de vagar sin rumbo o deambular en la no-ciudad de la economía, la sugerencia de Careri de recuperar “las modalidades y categorías” de las “experiencias artísticas del pasado” se convierte en una traslación mecanicista de esas prácticas a un contexto diferente, como él mismo reconoce<sup>11</sup>. Podemos medir las consecuencias nocivas de este falseamiento en el confusionismo que lastra el programa y las acciones del colectivo al que Careri pertenece, lastre aún más lamentable porque la actividad de *Stalker* no carece de todo interés.

En efecto, en el proyecto de *Stalker* de “explorar y transformar los espacios nómadas de la ciudad contemporánea” hay algunos aspectos que destacan por su voluntad crítica y utópica. Primeramente, la aspiración de llamar la atención sobre los procesos de descomposición presentes en el ámbito metropolitano actual, revelando las contradicciones que se dan en su interior. Es también reseñable la intención de desafiar las prácticas convencionales de la arquitectura oficial oponiendo una especie de contra-arquitectura, una *arquitectura del desecho* que clamaría por la inutilidad de añadir más miseria urbanística y que estaría materializada en los productos híbridos que *Stalker* encuentra en los vacíos urbanos, unas veces fruto del mestizaje entre la naturaleza y los desechos de la civilización y otras producto de la imaginación o del ingenio de las comunidades marginales que habitan dichos espacios –inmigrantes o grupos de etnia gitana-, hecha de construcciones espontáneas y precarias. Finalmente, la búsqueda, en los vacíos urbanos, de una vida autónoma que surge como fuerza antagonica al sistema dominante.

Sin embargo, un examen más profundo, más detenido, detecta que el proyecto hace aguas y difumina su contenido visionario, que se queda en mera pretensión. La primera pista la ofrece la visión altamente complaciente que *Stalker* arroja sobre la ciudad, una ciudad, la del capital, que lejos de cuestionar en su totalidad, asume como mal menor. Tal complacencia se deja traslucir en un gusto por los aspectos más pintorescos de la degradación y de los desechos que la nueva ciudad genera. De tal manera, la aproximación a los lugares abandonados adolece de cierto esteticismo, ya que pone el énfasis en los hallazgos de yuxtaposiciones insólitas y arbitrarias, sin la necesaria distancia crítica que podría justificar tal poética de la desolación, aplicando así la técnica del *collage*, en su dimensión más culturalista, a la realidad ciudadana. En sus propios términos, “si se afronta a pie, la metrópoli se convierte en un mundo inexplorado en muchas de sus partes, un mundo hecho de territorios caóticos, en el cual los asentamientos abusivos se sitúan junto a los yacimientos arqueológicos; las líneas de alta tensión y las autopistas se intersecan con los acueductos romanos; y las modernas ruinas industriales acogen una fauna y una flora que jamás hasta ahora había habitado la ciudad... La transurbancia permite al ciudadano explorar unos recorridos inéditos, llenos de contradicciones estridentes, de dramas que a veces componen armonías inéditas”. Más sangrante es su acercamiento hacia la población marginal que habita dichos espacios: frente al discurso arquitectónico institucional que presupone que los vacíos urbanos son un obstáculo para el desarrollo capitalista de la ciudad, *Stalker* aboga por “abandonar estos lugares” como “la solución más eficaz para lo que ha surgido al margen de

<sup>11</sup>Es, además, una extrapolación interesada, pues Careri toma en cada momento los elementos del pasado que mejor se ajustan a su discurso teórico. Una metodología que, aunque insostenible desde mi punto de vista, denota, a juicio del prologuista Gilles A. Tiberghien, ausencia de dogmatismo teórico y constituye una “práctica experimental que va aplicando distintas herramientas teóricas en función de sus necesidades, siempre con un sentido de la oportunidad que confiere una gran flexibilidad y una considerable movilidad intelectual”. Quizá es este oportunismo o simplemente confusión conceptual lo que lleva al autor a afirmaciones como la que sigue: “Perdiéndose entre las amnesias urbanas, *Stalker* encontró aquellos espacios que Dadá había definido como banales... aquellos lugares que los surrealistas habían definido como el inconsciente de la ciudad... los sectores laberínticos de la *New Babylon* de Constant... un sistema de veredas urbanas que parece haber surgido como producto de la entropía de la ciudad, como uno de los “futuros abandonados” descritos por Robert Smithson”. Careri falsea la historia para que su hilo argumental no se resienta: no interesa la exactitud histórica con tal de que el método resulte efectivo. Da la impresión de que, con la reivindicación de tales experiencias prestigiosas, persigue únicamente el propósito de justificar un proyecto, el de *Stalker*, que adolece de rigor y originalidad.

<sup>12</sup> Es difícil, por ejemplo, permanecer insensibles al poder de sugestión de algunas de las reflexiones de *Stalker*, como la que propone que “los lugares de la nueva *wilderness* que ha crecido entre los pliegues de la ciudad representan nuestra civilización, su devenir inconsciente y múltiple”. Por otro lado, otros colectivos, como el Grupo Surrealista de Estocolmo, llevan explorando, desde los años 90, los mismos (o parecidos) terrenos baldíos y su *flora salvaje*. Aunque esta actividad no esté exenta tampoco de cierto idealismo romántico, al menos se limita a levantar acta del carácter *improductivo e inútil* de estos lugares, sin pretender, ni por asomo, celebrarlos como la “solución más eficaz” a los desastres de la especulación urbana y de la marginación social, o, menos aún, de ofrecer el fruto de sus experiencias a la gestión reformista de un ayuntamiento cualesquiera (el de Miami por ejemplo, que invitó a *Stalker* para que “experimentara” la amnesia urbana de esta ciudad en busca de soluciones imaginativas al caos que él mismo había organizado). Sobre el Grupo Surrealista de Estocolmo, se puede leer una serie de textos psicogeográficos recopilados en “El lugar revisitado”, *Salamandra* nº 10, Madrid, 1999.

los proyectos y de la voluntad humana”, en el sentido de que “el abandono de estas áreas al albedrío de la naturaleza y a la reapropiación por parte de aquellos que no tienen **ningún sitio donde ir los muestra en pleno** uso y en todo su esplendor”. ¿Se propone aquí resolver el problema de la falta de viviendas dignas estimulando el chabolismo informal y sus *armonías inéditas* y posmodernas? Ciertamente, el neoliberalismo nunca había soñado en llegar tan lejos. Con esto no quiero decir que, efectivamente, no existan fragmentos de poesía ni de vida en estos espacios, ni que no sea legítimo reconocerlos y hasta exaltarlos, o que niegue las enormes potencialidades que acechan en los márgenes<sup>12</sup>. El problema reside en que una cosa es la reaparición de una cierta y desconocida naturaleza y vida salvaje en pleno paisaje posindustrial, y otra muy distinta los efectos palpables y catastróficos de la especulación capitalista y la destrucción de los vestigios del pasado histórico; una cosa es el deseo de supervivencia que lleva a la reinención de arquitecturas efímeras y comunidades de resistencia, y otra muy distinta las condiciones económicas y políticas que crean esa supervivencia, la mantienen y la aumentan, y las consecuencias *dramáticas* que estas tienen para aquellos que las soportan.

Si desde una perspectiva parcial estético-artística se pueden entender –que no aceptar– proyectos como el de *Stalker*, a un nivel global resultan del todo insostenibles, pues admiten el mantenimiento de un modelo de ciudad que es intrínsecamente inviable. Por ello, cualquier propuesta verdaderamente crítica que hoy investigue la problemática de la ciudad debe contribuir, de una manera u otra, a la desaparición de la ciudad-mercancía como base y expresión del modo de vida y del proyecto capitalista, y ha de colaborar en la destrucción de sus “contradicciones estridentes”.